

Ciclo “LAS COSAS DE LA VIDA” – “FORMAR PAREJA”

30 de abril de 2010

Fundación Luis Chiozza

Participación de María Adamo

Así como no es fácil mantener cuerpo y alma “en forma” a lo largo del tiempo, pensamos que tampoco resulta sencillo conservar la “salud” de una pareja con el pasar de los años. Cuando miramos a nuestro alrededor, vemos que no abundan las parejas que, a nuestro parecer, se mantienen “en forma”. Nos encontramos, en cambio, con parejas que fracasan y se separan, o con muchas otras que, si bien continúan formalmente unidas, parecen estar, en mayor o menor medida, arruinadas.

¿Es acaso imposible que una pareja se desarrolle bien y se mantenga considerablemente “en forma”? Asumir esto sería demasiado desalentador. No deja de ser cierto que existen también, aunque no constituyan la mayoría, parejas que persisten en el tiempo sin arruinarse y conservando su vitalidad y su armonía.

En el capítulo “Formar pareja”, de su libro *Las cosas de la vida*, Luis Chiozza¹ (2005a) explora de manera profunda y conmovedora muchos temas relativos a la vida en pareja. En esta oportunidad elegiremos algunos de estos tópicos con el ánimo de continuar reflexionando sobre ellos, e **intentaremos centrar la participación en torno a la pregunta acerca de qué es lo que hace que una pareja pueda mantenerse “suficientemente” en forma y en qué consiste esto que llamamos “estar en forma”**. Si bien no podremos agotar un tema tan amplio, **trataremos de desarrollar algunos puntos vinculados a la capacidad de interesarse en el otro, que, a nuestro parecer, iluminan esta cuestión**.

Para introducirnos en el tema, veamos primero algunos significados vinculados a la expresión “formar pareja”.

“Pareja” deriva de “par” y significa “igual o semejante”². Chiozza se ocupa de destacar que, en el caso de la pareja de hombre y mujer, se trata de un par complementario, donde precisamente *las diferencias* que existen entre ambos miembros de la pareja resultan esenciales para su buena constitución.

Otro significado de la expresión “pareja” se refiere a un conjunto de dos personas que tienen entre sí alguna correlación, y a cada una de estas personas considerada en relación con la otra. Esta acepción enfatiza la idea del *vínculo*, que es la esencia de toda pareja. Podemos pensar, entonces, que una pareja constituye un nuevo organismo, que es más que la suma

¹ Todas las citas de Chiozza en las que no aclaremos bibliografía pertenecen a este texto.

² Todas las definiciones fueron extraídas del Diccionario de la Real Academia Española.

de sus partes. Una vez que una pareja se forma, dice el autor, cada uno de los individuos que la integran *“transforma en ella su modo de vivir y de sentir la vida”* (pág. 23).

Entendemos que cuando este organismo que es la pareja se constituye saludablemente, tiene las características de un “acople”, que, como señala Chiozza, es semejante al *“que se da entre los átomos que forman moléculas estables, o como el que se encuentra en el caso de las estrellas dobles, que, unidas en sus campos gravitacionales, se comportan como un cuerpo único en su relación con los cuerpos del entorno”* (págs. 24-25). Pensamos que a esto mismo alude Ortega y Gasset (1941) cuando, al hablar del amor, sostiene que la delicia de este sentimiento *“consiste en sentirse metafísicamente poroso para otra individualidad, de suerte que sólo en la fusión de ambas, sólo en una «individualidad de dos» halla satisfacción”*.

El término “formar”, por otra parte, significa “dar forma a algo” y también remite a la idea de juntar personas entre sí para que hagan “un cuerpo” o “un todo”. A su vez, como sabemos, “formar” deriva de “forma”, que significa “configuración externa de algo”, y también “modo, manera”. Chiozza (1995D [1993]) destaca que “forma” es también estructura, en el sentido de una Gestalt, *“una totalidad que se pierde al descomponerse en partes y que también lleva implícito al sentido de la relación entre partes”* (pág. 129). Además, la palabra se utiliza en expresiones como “estar en forma” -que, tal como explica Chiozza, es lo opuesto a “estar en ruinas”- y también “guardar las formas”, en lo relativo al modo adecuado de comportamiento. Esta última expresión se relaciona con el sentido de “formalidad”, que también deriva de “forma” y que retomaremos al final, cuando nos refiramos al encuadre que enmarca y protege la relación de pareja.

Chiozza analiza las diferentes palabras que existen en nuestro idioma para designar a la pareja que constituyen hombre y mujer, y prefiere términos como “consorte”, que significa “compartir la suerte”, o “acople”, que denota armonía, a las expresiones más habituales como “cónyuges”, que alude a la idea de compartir el yugo, es decir una penuria, o “esposos” que señala la vivencia de una esclavitud compartida. Creemos que estas últimas expresiones contienen ya la idea de una pareja con un cierto deterioro, es decir una pareja que no se encuentra del todo “en forma”.

Pensamos que en los casos en que se logra una unión relativamente saludable, también podría hablarse de “componer una pareja”, ya que la palabra “componer” conlleva la idea de orden, reparación y templanza. **Pensar que una pareja se “compone”, así como se compone una pieza musical o una obra pictórica, nos lleva a considerar que formar pareja es también un arte.** Ortega y Gasset (1922) compara el amor con el arte y reflexiona: *“Deleitosa es la pintura o la música, pero ¿qué son ambas, emparejadas con una amistad delicadamente cincelada, con un amor pulido y perfecto? La forma soberana del vivir es convivir, y una convivencia cuidada, como se cuida una obra de arte, sería la cima del universo”* (pág. 17). El autor considera que estamos frente al nacimiento de una nueva forma

de cultura, la cultura de la vida selecta y armoniosa, *“la vida como arte, el refinado sentir, el saber amar, y desdeñar, y conversar, y sonreír...”*, por la cual los hombres *“aplicarán sus mejores esfuerzos a hacer de sus propias vidas un edificio lo más perfecto posible”* (ídem). **Estas ideas de Ortega nos dan ya la pauta de que para que una pareja pueda crecer, adquirir su plenitud y mantenerse “en forma”, hace falta cuidarla, cultivarla. Pero ¿en qué consiste tal cuidado? ¿Qué quiere decir Ortega cuando sostiene que hay un “saber amar”?**

Para poder explorar mejor esta cuestión, hagamos un rodeo y detengámonos en la expresión “conformar una pareja”, que es similar a “formar pareja”, ya que este verbo también significa “dar forma a algo”. Sin embargo, es interesante que “conformar” quiere decir, además, “darse por satisfecho”.

En la investigación sobre “Los significados inconcientes específicos de la esclerosis”, Chiozza y colaboradores (1993k) señalan la relación que existe entre la identidad, el interés y la conformidad. Explican que “ser uno mismo” o “ser lo que se debe” es el producto de una conformidad adecuada, que se logra cuando alcanzamos *“un equilibrio entre ceder y resistir a la presión de cambio para llegar hasta un punto en el que nos conformamos y conformamos la circunstancia en una influencia recíproca que lleva implícito aquello que, desde otro punto de vista, llamamos resignificar o resignar la vida”* (pág. 207). Es así como llegamos, según los autores, a estar “en forma”, que es, también, estar “conformes”. Este proceso implica un duelo por los objetos ideales, que, cuando no se logra, nos impide establecer un buen vínculo con los objetos “reales”, que son aquellos *“que podrían calmar ‘realmente’ el dolor de la insatisfacción”* (pág. 208).

Pensamos que este delicado equilibrio entre insistir en reformar la circunstancia y desistir de ello para, en cambio, reformarse uno mismo, también resulta esencial para lograr que una pareja se mantenga “en forma”. Así, en la tarea de “conformar una pareja”, el hombre forma a la mujer y, a su vez, se forma a sí mismo en función de ella. Tal como señalan los autores, **un punto central de este proceso radica en la necesidad impostergable de “salirse de uno mismo” para ir hacia la otra persona, en tanto uno no existe sino en coexistencia con el otro**. Dicho en otras palabras y tal como señala Chiozza, es imposible vivir sin convivir. Comprender la importancia de esta cuestión nos lleva a tomar conciencia de la relación que existe entre la conformidad y el interés, término que significa etimológicamente “ser entre” y que corresponde *“a un estado afectivo que podría ser descripto como la vivencia de ‘estar siendo fuera del yo’, apartado del yo e inclinado hacia las cosas, siendo entre el yo y el objeto que cautiva”* (ídem, pág. 206). Los autores concluyen entonces que **sólo podemos conformarnos, en el doble sentido de “estar en forma” y “sentirnos satisfechos”, cuando estamos interesados por las cosas y las personas que nos rodean.**

Volviendo sobre la pregunta que formulábamos antes, pensamos que “saber amar” y cuidar al otro depende en gran medida de que podamos desarrollar una suficiente “capacidad de interesarnos” en él. Entendemos que esta capacidad se vincula, a su vez, con lo que Chiozza denomina “capacidad de enamorarse”.

Al hablar del amor, Chiozza explica que el término se usa para designar cosas tan diversas como, por ejemplo, la amistad, el cariño, la familiaridad y el deseo de unión genital. Sin pretender llegar a definirlo, considera que *“el amor adquiere en muchos casos la apariencia de una figura esquiva, inalcanzable, y que en otros se nos presenta como una cierta forma de ‘iluminación’, momentánea y transitoria, que forma parte del misterio de la vida. Produce entonces una sensación de curiosidad, respeto y maravilla, que nos lleva a ubicarlo en el lugar de lo sublime”* (pág. 27-28).

Muchas veces se piensa que las parejas se arruinan porque el amor es incompatible con la rutina y se estropea con el pasar de los años. Esta idea, muy consensual, se refleja en canciones populares como esta:

“Yo no quiero juntar para mañana,
no me pidas llegar a fin de mes;
yo no quiero comerme una manzana
dos veces por semana
sin ganas de comer”³

Chiozza aborda esta cuestión y afirma que *“La aparente incompatibilidad entre la maravilla del amor, supuestamente dirigido hacia lo excepcional, y la pretendidamente opaca cotidianidad de un matrimonio, desaparece cuando se conserva la capacidad de encontrar, una y otra vez, lo nuevo en lo habitual”* (pág. 28). Es en este punto donde el autor menciona la existencia de una “capacidad de enamorarse”, que se vincula con cualidades como la curiosidad, el entusiasmo y la vitalidad. Cuando esta capacidad no logra desarrollarse, constituye una frustración a partir de la cual suele incurrirse en el malentendido de pensar que lo que hace falta es encontrar un “amor embriagador”, que, como dice Chiozza, no debe confundirse con el amor sublime. En este sentido, también suele pensarse que es imposible lograr una genitalidad satisfactoria en una relación de pareja prolongada, porque la cotidianidad y la familiaridad del vínculo lo impiden. Dice así otra canción popular que *“las caricias que mojan la piel y la sangre amotinan se marchitan cuando las toca la sucia rutina”*⁴. Chiozza explica que esta creencia constituye un malentendido y que una buena genitalidad no depende de realizar un acto sexual “gimnástico” ni requiere cambiar permanentemente de objeto, sino que la genitalidad alcanza su mayor desarrollo *“dentro de un vínculo que perdura en el tiempo necesario para adquirir profundidad, y que no se mantiene como exclusivo por*

³ Fragmento de la canción “Amores que matan”, de Joaquín Sabina.

⁴ Fragmento de la canción “Mentiras piadosas”, de Joaquín Sabina.

temor a la venganza o por obligación contractual, sino en razón de una preferencia auténtica que nace de un camino erótico recorrido en común” (pág. 30).

Chiozza⁵ señala que a veces se confunde una saludable capacidad de enamorarse con lo que habitualmente llamamos “enamoramiento”. Este último, a diferencia de aquella, no da lugar al amor, sino que se sostiene a partir de una idealización del objeto, que tarde o temprano se rompe, dejando al sujeto hundido en el odio y la melancolía. El amor, en cambio, tal como dice Chiozza, *“se teje con las hebras de la realidad”*⁶, y por lo tanto implica un duelo por aquellos aspectos del objeto que no coinciden con nuestros deseos. En el enamoramiento uno no puede “ver” al otro, porque se encuentra “enceguecido” por el ideal que proyecta sobre él. Entendemos que lo que Chiozza denomina “capacidad de enamorarse”, al contrario, tiene que ver con una particular habilidad para “salirse” de uno mismo y “ver” al objeto en toda su dimensión, exaltando sus mejores atributos y descubriendo en él, una y otra vez, aspectos nuevos y desconocidos. Tal como dice Ortega y Gasset (1924), a diferencia del enamoramiento, el amor no es ciego, sino que es luz, una luz que ilumina al objeto amado de manera tan favorable que *“sus gracias más recónditas se hacen patentes”*. Esto es lo opuesto a lo que ocurre en el enamoramiento, donde, a decir de este mismo autor, *“hemos caído en un recinto hermético, sin porosidad ninguna hacia el exterior. Nada de fuera podrá penetrar y facilitarnos la evasión por el agujero que ella abra. El alma de un enamorado huele a cuarto cerrado de enfermo (...)”* (Ortega y Gasset, J., 1941).

Ortega vincula el amor con una actitud de búsqueda y contemplación, con un deseo de comprensión y con una forma superior de la atención que permite descubrir en el objeto amado aspectos y cualidades insospechadas. Este autor escribe también numerosos pasajes sobre la relación del amor con el interés, la curiosidad y el entusiasmo. En sus “Meditaciones del Quijote” (1914), afirma que se trata de ensayos de “amor intelectual” que contienen una “doctrina de amor” y que son “salvaciones”, ya que *“Se busca en ellos lo siguiente: dado un hecho –un hombre, un libro, un cuadro, un paisaje, un error, un dolor-, llevarlo por el camino más corto a la plenitud de su significado. Colocar las materias de todo orden, que la vida, en su resaca perenne, arroja a nuestros pies como restos inhábiles de un naufragio, en postura tal que dé en ellos el sol innumerables reverberaciones”*. Agrega que, según él, el amor busca ayudar a que la cosa amada alcance su plenitud.

En la medida en que, según Ortega, el amor se vincula con el afán de comprensión y el interés por las cosas, es un sentimiento que *“nos liga a las cosas”* y constituye *“una ampliación de la individualidad”* que nos lleva a internarnos en aquello que amamos, viéndolo

⁵ Participación del Dr. Luis Chiozza durante el capítulo “Formar pareja”, del Ciclo sobre “Las cosas de la vida” realizado para miembros de la Fundación Luis Chiozza en marzo de 2006. La responsabilidad de la interpretación de sus palabras es nuestra.

⁶ Conferencia “Sobre lo que nos hace falta”, dictada por el Dr. Luis Chiozza el 2 de abril de 2010 en la Fundación Luis Chiozza.

“entero” y “en todo su valor” (ídem). En el amor “se nos escapa el alma” y “migramos” hacia el otro, saliendo fuera de nosotros mismos. En este sentido, Ortega considera que el amor es inverso al deseo, ya que este último busca absorber y poseer al objeto.

Resulta significativo que también este autor parece aludir a la existencia de una cierta “capacidad de interesarse” y “de enamorarse” que es independiente de las cualidades del objeto. Así, afirma que *“Las cosas no nos interesan porque no hallan en nosotros superficies favorables donde refractarse, y es menester que multipliquemos los haces de nuestro espíritu a fin de que temas innumerables lleguen a herirle”* (ídem). Dicho en otras palabras, Ortega sostiene que en todo objeto existen cualidades y valores, pero que éstos *“sólo se revelan a una mirada entusiasta”* (Ortega y Gasset, J., 1922). Agrega que *“el amor es un hecho poco frecuente y un sentimiento que sólo ciertas almas pueden llegar a sentir; en rigor, un talento específico que algunos seres poseen”* (ídem).

Para Ortega, este “talento” consiste en una capacidad de “ver” al otro, para lo cual hace falta poseer una curiosidad previa, *“hay que ser vitalmente curioso de humanidad, y de ésta en la forma más concreta: la persona como totalidad viviente (...) Sin esta curiosidad, pasarán ante nosotros las criaturas más egregias y no nos percataremos”* (ídem). Sólo personas muy vitales poseen este tipo de curiosidad que va más allá del interés subjetivo o individual, esta particular atención para la cual hace falta tener la generosidad de un “interés ‘desinteresado’” en todo lo que ocurre fuera de uno mismo.

El autor considera que la mayoría de los hombres no logran desarrollar este “talento”, ya que casi todos ellos: *“(...) viven sumergidos en la esfera de sus intereses subjetivos, algunos, sin duda, bellos o respetables, y son incapaces de sentir el ansia emigratoria hacia el más allá de sí mismos. Contentos o maltratados por el detalle de lo que les rodea, viven, en definitiva, satisfechos con la línea de su horizonte y no echan de menos las vagas posibilidades que a ultranza pueda haber”* (ídem).

Ortega se ocupa también de la relación entre el amor y el interés en relación al vínculo con las cosas que nos rodean y que constituyen nuestra circunstancia. Nos invita a prestarle más atención a estas cosas “pequeñas” que suelen pasar desapercibidas, ya que, según él, todas ellas nos revelarán aspectos maravillosos si sabemos contemplarlas con interés y entusiasmo. El autor vincula esta actitud entusiasta con el amor y concluye entonces que *“El mundo (...) mirado sin amor, sin entusiasmo, sin fervor, parece vengarse de nosotros volviéndose mudo, erial e inhóspito. Quien quiera esplendor y luz sobre su vida, venza la exánime tristeza, despierte su íntimo fuego y todo en torno será a sus ojos una selva inflamada. La felicidad ni se recibe ni se plagia; es en cada individuo labor original y creadora”* (Ortega y Gasset, J., 1916).

Entendemos que, cuando habla de “cosas mudas” o también pequeñas, Ortega se refiere a todo lo que constituye nuestra vida cotidiana, donde sin dudas podemos incluir la vida en

pareja. El autor nos invita a cultivar estos aspectos cotidianos de la vida con tanta dedicación como la que destinamos para los proyectos más ambiciosos. Insiste en que depende de nosotros, de *nuestra* capacidad, que podamos descubrir en las cosas cotidianas aspectos nuevos y sublimes; agrega que en este intento *“Tal vez nada profundo encontremos. Pero estemos seguros de que el defecto y la esterilidad provienen de nuestra mirada. (...) Pues no hay cosa en el orbe por donde no pase algún nervio divino: la dificultad estriba en llegar hasta él y hacer que se contraiga”* (Ortega y Gasset, J., 1914).

Para Ortega, esta capacidad de sentir curiosidad e interés por las cosas y de entusiasmarse con ellas, esta capacidad de amar, depende de la vitalidad que tenga cada persona. Describe así dos tipos opuestos de individuos, aquellos vitales, llenos de energía, magnánimos, y aquellos otros que poseen *“un pulso vital descendente”* (Ortega y Gasset, J., 1923). El autor le da tanta importancia a esta “salud vital” que la considera el supuesto de toda otra salud. Dicho de esta manera, podría pensarse que se trata de un “don” innato que se posee o del cual se carece y que nada puede hacerse para modificar esta situación. Sin embargo, el mismo Ortega considera que la educación debe ocuparse de ayudar a desarrollar esta vitalidad, de lo cual se desprende que se trata de una capacidad pasible de ser cultivada o descuidada.

Sin ánimos de agotar el tema, podemos concluir que una de las cuestiones que hace a que una pareja pueda mantenerse en forma consiste en la posibilidad de ocuparse de desarrollar esta capacidad de interesarse por el otro, que permite, tal como dice Chiozza, descubrir siempre algo nuevo en lo habitual y conservar así el entusiasmo en la propia pareja. En este sentido, llegar a lograr que nuestro consorte sea, a la vez, la persona que amamos –logro que, tal como afirma Chiozza, constituye una de las principales “gracias” en la vida de un ser humano-, no depende tanto de que “consigamos” formar pareja con “la persona perfecta”, idea que se asemeja más a la de encontrar el “príncipe azul”. Si bien es innegable la importancia de una cierta “cuestión de piel” que nos lleva a elegir a un tipo de personas y a rechazar otras, pensamos que lo esencial no pasa tanto por las cualidades del objeto, sino por poder “construir” con él una relación de amor, que implica también cuidado y respeto. Para ello necesitamos tener una cierta “capacidad de amar” y de “salir de nosotros mismos” para poder “ver” a la otra persona en toda su dimensión, más allá de nuestros intereses individuales, y así poder reconocer sus necesidades y descubrir, también, sus aspectos más valiosos. En este sentido, Chiozza afirma que, si bien la persona amada no coincide nunca completamente con el objeto de nuestros sueños, *“en cada nuevo encuentro con (ella), junto al duelo por lo que no hemos encontrado, nos enriquece una experiencia que modifica la imagen de lo que deseamos. No cabe duda de que buscamos algo que no es lo que encontramos, y sin embargo muchas veces se da la aparente paradoja de que terminamos por sentir que lo que encontramos es precisamente aquello que, sin saberlo, buscábamos”* (pág. 41).

En función de las ideas que venimos desarrollando, nos parece importante tener claro que si bien formar y mantener en forma una pareja es una bendición, no resulta una tarea sencilla. Podríamos decir que se trata de un arte que requiere destreza, dedicación y trabajo, y que constituye una capacidad que puede desarrollarse cada vez más o que puede descuidarse hasta llegar a atrofiarse. Pensamos esto en el mismo sentido en que Chiozza (1983f [1982]) plantea que hace falta “desentumecer” nuestro aparato trascendente, ya que todos tenemos una necesidad de trascendencia, de ir “más allá” de nosotros mismos, que busca ser satisfecha. Creemos que las cuestiones que venimos tratando hasta aquí se vinculan con esta necesidad de trascendencia, que involucra valores como la curiosidad, la ternura, la generosidad y la creatividad, así como con lo que Chiozza desarrolla bajo el concepto de genitalidad secundaria, tema del cual no llegaremos a ocuparnos en esta oportunidad.

Según Chiozza, el entusiasmo en la pareja tiene una importancia insustituible y, cuando se pierde, esto no ocurre por el mero transcurrir del tiempo, sino *“por dificultades y conflictos que, de manera conciente o inconciente, arruinan la salud del vínculo”* (pág. 28).

Pensamos que algo que ayuda a cuidar nuestra pareja y a conservar el entusiasmo en ella es, tal como plantea Chiozza, tener un cierto grado de conciencia de la inevitable inestabilidad del vínculo y comprender que para mantener una cierta estabilidad, que es siempre un equilibrio dinámico, hace falta atravesar, junto a nuestro consorte, cambios a lo largo del tiempo. Así, el autor afirma que *“Una pareja sana evoluciona y cambia, y en la medida en que se transforma, se mantiene como tal porque se reconstruye cotidianamente, que es como decir que se ‘recontrata’ o ‘reinicia’ de un modo permanente”* (pág. 26). Chiozza agrega que sin esa plasticidad para el cambio *“la pareja se arruina y, si es que perdura, carece de la vitalidad necesaria para ser saludable (...) Un vínculo es vital cuando sus integrantes conservan la capacidad de enriquecerse mutuamente y de encontrar lo nuevo en lo habitual”* (pág. 26). Entendemos que en la medida en que logra desarrollarse esta capacidad de cambio que permite la evolución de la pareja, es posible ir descubriendo y desplegando aspectos nuevos del otro y de uno mismo que permanecían latentes como disposiciones potenciales. Además, tener noción de la inestabilidad del vínculo posiblemente también nos lleve a cuidarlo mejor, en la medida en que tenemos claro que, en última instancia, nuestra relación con el otro está permanentemente en juego y corremos el riesgo de perderla si la descuidamos.

Sin embargo esto no es lo que siempre ocurre, ya que, tal como dice Chiozza, muchas veces ambos miembros de la pareja evolucionan de manera diferente y no pueden mantenerse unidos o lo hacen *“gracias a que niegan la parálisis, la dependencia neurótica y el deterioro en que viven inmersos”* (pág. 36). De esta manera, por ejemplo, una pareja puede permanecer unida, paradójicamente, por sentimientos de odio: *“Hay parejas que perduran porque cultivan un campo de guerra que les permite descargar el odio recíproco en una magnitud que ‘fuera de allí’ nadie tolera”* (pág. 30). En estos casos el cónyuge cumple

fundamentalmente la función de servir como objeto de proyección de los aspectos de uno mismo rechazados. Separarse de él implicaría tener que volver a “hacer propios” esos aspectos y atravesar, por lo tanto, un doloroso proceso de duelo. Para evitar este dolor se conserva entonces la pareja, aunque esto determine una vida arruinada por el odio y el maltrato mutuo. En este tipo de parejas la envidia, los celos, la rivalidad y la culpa -los cuatro afectos que Chiozza, en función de su fuerza y su importancia, denomina los “gigantes” del alma- adquieren dimensiones a veces terribles. Estos “gigantes”, como la maleza que crece y se multiplica, expoliando al suelo fértil de todos sus nutrientes, van quitándole vitalidad a la relación, asfixiando poco a poco sus mejores aspectos y transformándola en un terreno árido en donde la distancia que separa a los miembros de la pareja, si bien no siempre física, se vuelve cada día más insuperable.

Pensamos que, sin llegar necesariamente a un extremo tan destructivo, estos cuatro “gigantes” se presentan en toda pareja, en mayor o menor medida. En este sentido, creemos que resulta imprescindible que ambos miembros de la pareja puedan ocuparse de elaborar estos afectos, para lograr mantener el vínculo lo más “limpio” posible de ellos, ya que sólo así podrá formarse un terreno “fértil” donde sea capaz de florecer y desarrollarse en su plenitud el amor auténtico entre ambos consortes.

En sus desarrollos más recientes, Chiozza explica cómo estos cuatro afectos surgen en la medida en que no pueden elaborarse adecuadamente las diferentes “carencias” que constituyen lo que él denomina “las cuatro faltas”⁷. La primera y más fundante de estas carencias consiste en el sentimiento de estar mutilados o incompletos, que surge cuando, al poco tiempo de haber nacido, descubrimos que no podemos dominar todo aquello que deseamos y necesitamos. Esta falta queda representada por el momento en que el bebé descubre que no puede dominar el pecho materno, ya que este “va y viene”, movido por una voluntad propia. Chiozza explica que se trata de la “carencia” más importante de nuestra vida luego del nacimiento y que *“nos deja una añoranza por un contacto de piel, una sonrisa, una mirada que ‘nuestro cuerpo’ reconoce cuando nos enamoramos, pero cuyos orígenes no podemos recordar conscientemente”*. En este sentido, el autor agrega que el enamoramiento es un intento ilusorio de reencontrar aquel sentimiento de plenitud que hemos perdido, evitando realizar el duelo por la primera falta. En la medida en que se trata de una ilusión, el enamoramiento está destinado al fracaso, ya que *“conduce inevitablemente a la desilusión que surge del contacto con la realidad y tiende a reinstalar el duelo que se intentó evitar”*.

Del fracaso en los sucesivos intentos de encontrar compensaciones para esta primera carencia surgen las otras tres faltas, que son: la imposibilidad de ser permanentemente protagonistas, el fracaso en la búsqueda del reconocimiento anhelado y, por último, la

⁷ Los siguientes conceptos han sido extraídos de la conferencia “Sobre lo que nos hace falta”, dictada por el Dr. Luis Chiozza el 2 de abril de 2010 en la Fundación Luis Chiozza.

dificultad para compartir con los seres queridos la obra que hayamos podido realizar más allá del afán de protagonismo y reconocimiento.

Nos resulta interesante la relación que puede establecerse entre la vivencia de mutilación yoica, que determina la primera falta y da lugar a las tres siguientes, y la capacidad de interesarse en el otro “saliéndose” de uno mismo, tema del cual nos estuvimos ocupando en esta oportunidad. **El sentimiento de mutilación surge cuando descubrimos que los límites de nuestro yo no coinciden con lo que desearíamos. Cuando estamos interesados en los otros, en cambio, logramos salir de adentro nuestro y entonces las fronteras de nuestro yo se disuelven o, al menos, se modifican de manera sustancial. Tal vez podemos pensar que se trata de dos caras de una misma moneda, que se retroalimentan una a la otra, tanto en un sentido positivo como negativo.** Así, el desarrollo de esta capacidad de interesarse auténticamente en los otros supone una cierta elaboración de las cuatro faltas que Chiozza describe y, viceversa, cuando logramos interesarnos por los demás se facilita el duelo por estas carencias. Si permanecemos “atrapados” dentro de nosotros mismos, nos hundimos en la preocupación por *nuestra* falta de dominio, *nuestro* anhelo de protagonismo, *nuestro* afán de reconocimiento y *nuestro* deseo de compartir *nuestra* obra con los seres queridos. Cuando, en cambio, logramos salir un poco de nuestra necesidad “individual” y podemos ir más allá de aquello que “a nosotros”, en un sentido egoísta, nos hace falta, el dolor por nuestras carencias se hace más tolerable, ya que ahora nos ocupamos por lo que a los otros les hace falta y podemos, también, disfrutar con sus logros.

Por último, queremos referirnos a un concepto importante que trae el autor en relación al tema que nos ocupa. Chiozza explica que todo vínculo tiene su encuadre, que constituye el marco, el límite, explícito o implícito, dentro del cual transcurre la relación. Considera que poseer el “*hábito civilizado*” de respetar este encuadre es algo esencial para poder conservar la salud de un vínculo y lograr una buena convivencia, ya que “*facilita la tolerancia y ‘da tiempo’ al proceso de limar asperezas y construir acuerdos*” (pág. 37) que permitan armonizar los diferentes estilos o formas de ser de ambos miembros de la pareja. **Es decir que para formar una pareja saludable también hace falta “guardar las formas” dentro del vínculo y no permitir que la cotidianeidad del trato nos lleve a “relajarnos” al punto de transgredir ese encuadre, ya que esto implica desconsiderar a la otra persona, dañando así la relación con ella. Entendemos que este respeto por el encuadre de la relación va de la mano con la capacidad de “ver”, respetar y cuidar al otro, es decir con la capacidad de amarlo.**

Bibliografía:

CHIOZZA, Luis (1983f [1982])

“Convivencia y trascendencia en el tratamiento psicoanalítico”, Obras Completas, t. IX, Editorial Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2008.

CHIOZZA, Luis y colaboradores (1993k)

“Los significados inconcientes específicos de la esclerosis”, Obras Completas, t. XI, Editorial Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2008.

CHIOZZA, Luis (1995D [1993])

“El significado y la forma en la naturaleza y en la cultura”, Obras Completas, t. VI, Editorial Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2008.

CHIOZZA, Luis (2005a)

Las cosas de la vida. Composiciones sobre lo que nos importa, Obras Completas, t. XV, Editorial Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2008.

ORTEGA Y GASSET, José (1914)

“Meditaciones del Quijote”, Obras Completas, Tomo I, Alianza Editorial, Revista de occidente, Madrid, 1983.

ORTEGA Y GASSET, José (1916)

“Meditación del pueblo joven, impresiones de un viajero” (Discurso pronunciado el 6 de diciembre de 1916 en el Instituto Popular de Conferencias de Buenos Aires. Publicado en la revista *Hebe*, número V., Buenos Aires, 1918), Obras Completas, Tomo VIII, Alianza Editorial, Revista de occidente, Madrid, 1983.

ORTEGA Y GASSET, José (1922)

Para un museo romántico (conferencia), Obras Completas, Tomo II, Alianza Editorial, Revista de occidente, Madrid, 1983.

ORTEGA Y GASSET, José (1923)

“El tema de nuestro tiempo”, Obras completas, Tomo III, Alianza Editorial, Revista de occidente, Madrid, 1983.

ORTEGA Y GASSET, José (1924)

“Las Atlántidas”, El horizonte histórico, Obras Completas, Tomo III, Alianza Editorial, Revista de occidente, Madrid, 1983.